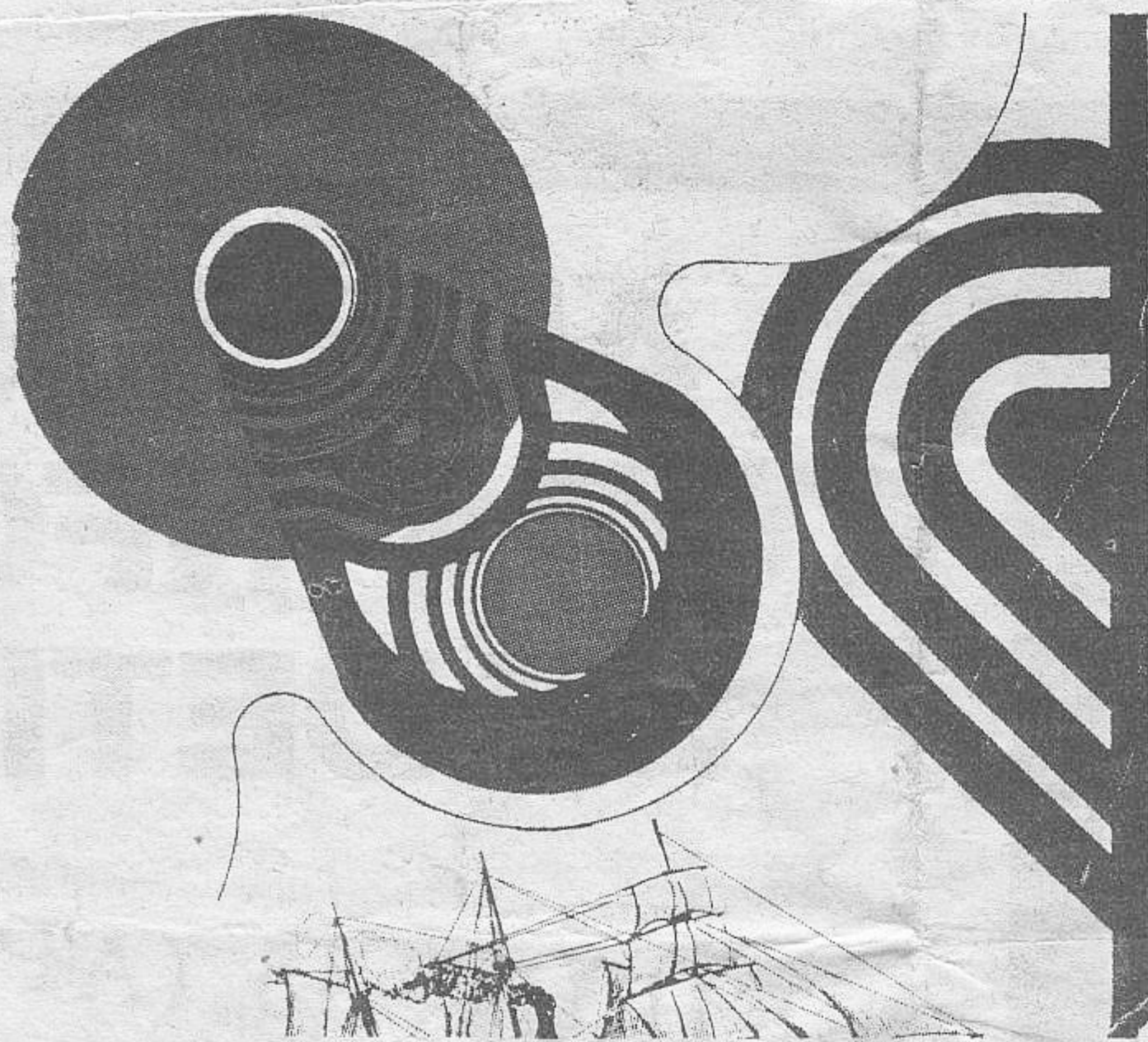


Vicente Gerbasi, ex embajador de Venezuela en Israel

Un venezolano llamando a Jerusalén

VICENTE GERBASI

POESIA DE VIAJES



Portada del libro

y otra vez en arpa. Y en las montañas de Judea un venezolano obligado a representar un país piensa para sí qué será un candelabro, qué oscuro puente traza un candelabro entre el arpa y la lanza. Y me lo imagino recorriendo el Sinai y con los beduínos (no son acaso los beduínos similares a los viejos judíos de la Torá, debe sospechar), buscando esa libertad sobria que otros definen con el nombre pomposo y enigmático de verdad judía.

Al final, no hay nada. Un gato negro de ojos verdes; un piso de hospital salpicado de algodones tristes; unos techos ojivales; una geografía verde, amarilla, azul; una luna llena; una danza nómada; una piel morena. Al final, solamente un alma, la suya. Pero eso ya es demasiado. Un alma ya es una caravana de gente que nace y muere; es una guerra entre lo claro y lo oscuro, entre las espirales y los círculos, entre la geometría y la niebla, entre el humo y el cristal y entre todo eso, el insoportable ruido de las cosas.

Los hombres son como el jamsín, ese viento cálido que nos roba las gargantas. Y el jamsín habla, y creo que cuenta como Dios creó el mundo con sus mujeres, sus caballos,

su barro de la culpa, el amor, y eso parecido al amor que va ordenando los días, los deberes, los pensamientos.

Yo no sé nada de Gerbasi fuera de su libro de poemas. No sé si hoy está vivo o no, si guarda en su casa presente el tapiz aquel que lo cautivó un día en Jerusalén, ese día preciso en que se descubrió en Oriente.

Yo no sé nada del diplomático venezolano poeta y soñador. Nunca me ofreció café; nunca reímos juntos; nunca compartimos un silencio grave, de esos en que uno se decide a jugar seriamente y a trabajar jugando. Y sin embargo, me ha acompañado este shabat aquí en Jerusalén hablándome de ella entre el desierto terrible y el mar venerable.

Un libro, se ha dicho tantas veces pero siempre se lo ha olvidado, es un diálogo inusual entre dos desconocidos, una anticipada coincidencia de dos interpretaciones, una nueva ciudad donde abundan los días de fiesta. "Poesía de Viajes" de Vicente Gerbasi me ha permitido recorrer mi país sin violar el shabat y a este "goi" de los sábados le estoy profundamente agradecido.

Ruben Kanalenstein

El libro de Vicente Gerbasi que me ha acompañado durante este shabat jerosolimitano se llama "Poesía de Viajes". Me gusta el libro. Ya los latinos sentenciaron: "Navigare necesse; vivere non necesse", que podríamos traducir "Navegar es necesario; vivir no".

Los viajes son importantes porque es necesario llegar a la casa de enfrente para descubrir nuestra propia casa, porque son necesarios rodeos para encontrar el principio de la confrontación, nuestra vocación de lejanías. No sé de Gerbasi más que lo que es posible inferir en los poemas de ese libro. Fue embajador de Venezuela en Jerusalén, firmó pasaportes de otros para que éstos pudieran permitirse un viaje. Y viajó con pasaporte de poeta por las calles jerosolimitanas, entre pasaporte ya firmado y pasaporte a firmar.

Recorro su poema "Ein Kerem". Es un poema con gusto a ciruelas, a alcachofas, a aceitunas robadas del árbol, a alcaparra encontrada en el camino. Lo imagino atravesando el atardecer de Ein Kerem, indagando si hay un nombre hebreo que designe esa hora que no es día y tampoco es noche. Y así viajo con él al poema "Araña", donde lo veo recorrer las calles de la capital-aldéa de Israel buscando, como yo mismo, los huesos enterrados de Job entre el llanto de los pinos y el vuelo de los pájaros escondidos en los árboles. Lo presiento volviendo a su casa burguesa y descubriendo una araña en el rincón de su dormitorio y saliendo de nuevo a la calle para buscar un mensaje entre los muros.

Su casa burguesa de embajador latinoamericano de la calle Rajel Imenu. Y ya insta-

lado en el poema que dedica a esa calle de Jerusalén, lo oigo abrir las ventanas en la noche y oír el llanto de Rajel, un llanto apagado y doloroso de mujer, de madre. Y ese llanto perfora la piedra, enciende los naranjales.

Y sigo viajando por sus poemas de Jerusalén, entre torres, amapolas, profecías, salmos, escudos, cabras, quesos, bellos cuerpos de judías yemenitas. Y entre signo y signo, de nuevo firmar un pasaporte, posibilitar los viajes, posibilitar el viaje.

Y lo descubro entendiendo el judaísmo a su manera:

esa voluntad de libertad sobria, ese vivir en cabañas, esa danza donde el arpa de David se transforma en lanza